

Mirada|s

Charles Taylor, en defensa del comunitarismo

DANIEL GAMPER

Nacido en 1931 en Montreal de padre anglo y madre francófona, Charles Taylor es uno de los filósofos más conocidos de los últimos cincuenta años. Catedrático emérito en la universidad McGill, se doctoró en Oxford bajo la dirección de Isaiah Berlin y Elizabeth Anscombe. Intelectual de referencia del Quebec, participó activamente en los debates políticos durante la década de los sesenta, siendo candidato al parlamento en diversas ocasiones por el New Democratic Party. Respecto del acalorado debate independentista, Taylor se declara federalista y apuesta por una solución que permita la coexistencia democrática en la diversidad.

Ganador de los premios internacionales Kyoto y Tempelton, es autor de varios libros conocidos y estudiados por todo profesor de filosofía que se precie. En 1979 publicó una voluminosa y exhaustiva monografía sobre Hegel (traducida en español en *Anthropos*) que pasó a ser el manual recomendado en las universidades alemanas. Diez años después publicó *Las fuentes del yo* (Paidós) donde narra el surgimiento de la identidad moderna a partir de fuentes culturales diversas que evidencian la amplitud de conocimientos del autor. Se manifiestan aquí ya los hilos conductores de su filosofía.

Taylor cuestiona el predominio de las ciencias puras y experimentales en la interpretación del mundo. La realidad no consiste sólo en aquello que puede ser percibido, sino que también hay que dar cuenta de nuestros propósitos y deseos, de la intencionalidad humana. Su propuesta es hermenéutica, es decir, incluye una reflexión sobre las dificultades de la comprensión, sobre las distancias que hay que salvar para

poder hablar de conocimiento. El individualismo, el desencantamiento del mundo y la razón instrumental como rasgos propios del mundo moderno se transforman en síntomas de un malestar más profundo. Estos temas los recogerá Taylor en el breve libro *La ética de la autenticidad* (Paidós), donde enfatiza la importancia de los horizontes de significado en los que el despliegue de nuestras vidas adquiere sentido.

Como filósofo de la política, Taylor es, junto con Alasdair MacIntyre y Michael Sandel, uno de los defensores de la posición comunitarista. Frente al ideal moderno de un individuo que decide sus finalidades y propósitos con independencia de los contextos de referencia cultura-

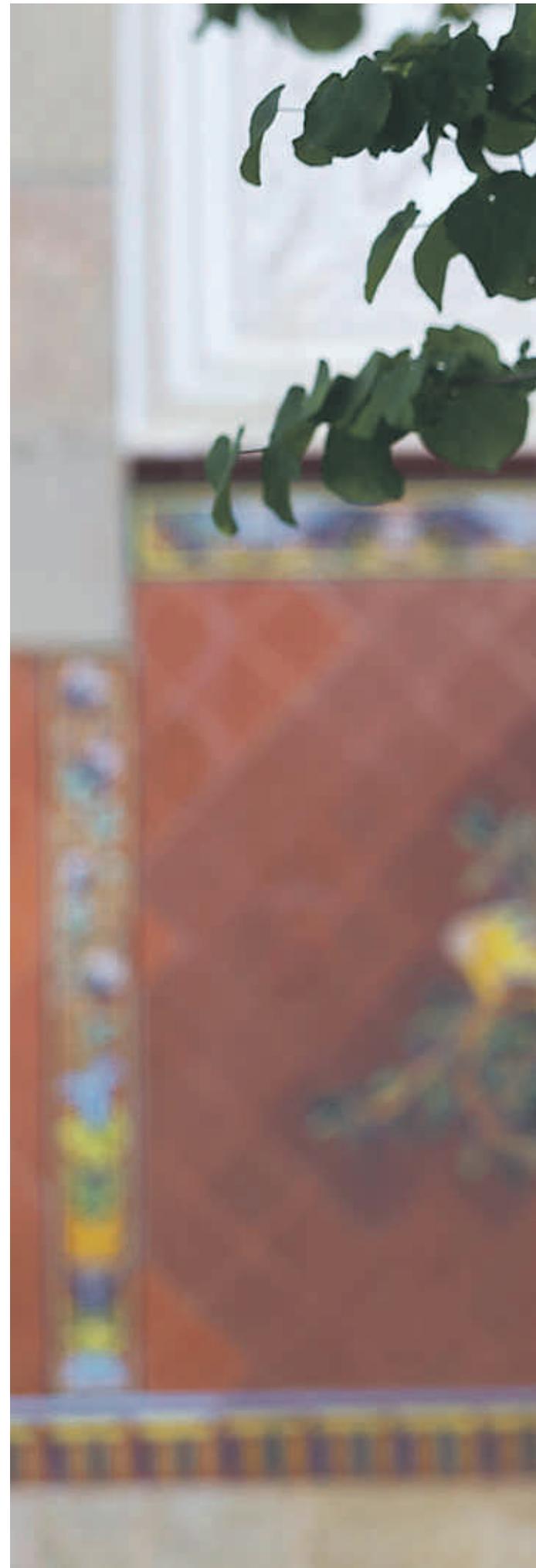
Su libro más reciente, 'La era secular', es una obra magna sobre la espiritualidad en el mundo moderno

les, el comunitarismo concibe la identidad individual como algo que se teje en las relaciones significativas con los otros. Este modo de entender la subjetividad tiene consecuencias políticas y normativas. En *Multiculturalismo y la política del reconocimiento* (FCE), Taylor propugna unas políticas públicas que no desatiendan la importancia de la cultura de los grupos presentes en la sociedad. Frente a las caricaturas del multiculturalismo como un movimiento de identificación grupal que propugnaría la creación de guetos cerrados impermeables a la contaminación cultural, la política del reconocimiento aboga por una discusión democrática de todos los ciudadanos que no fije la identidad na-

cional de una vez por todas, sino que la conciba como algo que puede modificarse y efectivamente debe hacerlo para mantenerse al paso de la creciente diversidad social.

La semana pasada, Taylor impartió una conferencia en el Centre de Cultura Contemporània de Barcelona (CCCB) sobre democracia y diversidad religiosa con motivo de la reciente publicación en dos volúmenes de su monumental *La era secular* (Gedisa), donde desarrolla sus dotes etnográficas y filosóficas. Se trata de un tratado de historia, filosofía, política y religión, en el que el filósofo quebequés diagnostica el estado de la creencia religiosa en las sociedades noratlánticas del siglo XXI. El libro es un auténtico *tour de force* para presentar las nuevas formas adoptadas por la religión sin abandonar la reflexión filosófica de altísimo nivel. Si bien algunos objetarán que Taylor, católico declarado, pretende defender subrepticamente las razones de la religión, lo cierto es que nos hallamos ante una obra magna sobre la espiritualidad en el mundo moderno y los dispositivos políticos necesarios para mantener en pie el ideal de igualdad y libertad de las sociedades democráticas.

Desde su aparición en inglés en el 2007, *La era secular* ha dominado la discusión sobre el papel de la religión en las democracias contemporáneas. La fe, en contra de las predicciones de la teoría de la secularización, no ha desaparecido de las sociedades occidentales. Se ha dado un declive en la práctica religiosa y las autoridades eclesiásticas han perdido peso en los debates legislativos, pero sería erróneo interpretar estas modificaciones como estadios previos a un mundo finalmente libre de religión. |



El filósofo canadiense Charles Taylor es sin duda una de las figuras más prestigiosas del pensamiento contemporáneo. Sus obras son referencias ineludibles para cualquier reflexión sobre temas de tanta actualidad como el multiculturalismo o el debate sobre la espiritualidad en las sociedades occidentales. De todos estos temas habla para 'Cultura/s'

Charles Taylor
fotografiado en el
CCCB de Barcelona
el pasado mes de
mayo. En la página
siguiente, detalle
de sus manos
FOTOS MARC ARIAS



entrevista a Charles Taylor

“Hoy hay un declive de la solidaridad”

D.G.
Durante los ochenta a usted se le etiquetó de comunitarista. ¿Qué queda del comunitarismo hoy?

Veamos, hay dos significados muy distintos del concepto y la gente tiende a confundirlos. De una parte, hay los que, como el sociólogo Amitai Etzioni, son republicanistas. Para ellos los ciudadanos no sólo tienen derechos, sino también deberes porque tienen que aceptar algunas responsabilidades. De lo que se trata es de normalizar la democracia social. La comunidad es la totalidad de la República, de modo que deberíamos vernos como miembros de una comunidad y no sólo como individuos. Estoy de acuerdo con ellos, porque me opongo al excesivo individualismo americano que está arruinando su sociedad.

¿Cuál es el otro sentido?

Es el modo confuso en que se usa el término en Francia. Cuando hablan de *communautarisme* designan una postura que en realidad nadie defiende, a saber, que todos los grupos sociales deberían vivir en guetos. De modo que según ellos los que defendemos el comunitarismo estaríamos a favor de esta posición claramente implausible. Desgraciadamente, en Francia impera esta caricatura del comunitarismo a la que se contraponen la pretensión de que los miembros de las diversas comunidades culturales se conviertan en copias exactas de un supuesto ciudadano francés estándar.

¿Cuál es la alternativa?

La única alternativa en las democracias modernas sería considerar que el ciudadano puede ser blanco o negro, musulmán o de otra religión. La situación en el Reino Unido es mucho mejor. Basta mirar la BBC, en donde aparecen regularmente rostros negros y nombres musulmanes. En cambio en la televisión francesa predominan los blancos, franceses tradicionales. Creo que se equivocan, pues acaban creando ciudadanos de primera y de segunda, y alienando a los miembros de algunos grupos. De modo que no soy un comunitarista en el sentido que le dan estos fran-

ceses, pero sí en el otro sentido del término como oposición al excesivo predominio de la perspectiva individual.

¿Hay en ello un anhelo de la comunidad perdida?

Lo que hay es un declive, iniciado en los años setenta, de la solidaridad en las democracias contemporáneas que tiende a dividir a la sociedad. Como un universo en expansión, las distancias entre ricos y pobres van aumentando. Para resolverlo es necesario pensar que el destino de la sociedad depende de todos los ciudadanos considerados como iguales. Si se pierde el sentido de la solidaridad y de la responsabilidad, se diluye la ciudad.

¿Qué papel desempeña la integración según usted?

Para lograr una integración exitosa hay que tomar en consideración tanto la necesidad de integrar como la de reconocer las diferencias. La exclusión cultural de los inmigrantes provoca situaciones imposibles, pues dificulta el acceso al trabajo de los jóvenes, los cuales aumentan su enojo, desarrollan contra-identidades, hablan verlan y no francés, de modo que las cosas empeoran aún más.

¿Cómo responde a la objeción según la cual no se puede pensar en soluciones para las sociedades de los Estados-nación europeos en los mismos términos que para las sociedades de inmigración como Canadá o Estados Unidos? ¿Acaso no están los países europeos más comprometidos con la protección de una identidad nacional?

En primer lugar hay que señalar que una sociedad de inmigración también puede tener un trasfondo bastante homogéneo que después se amplía. En Quebec, por ejemplo, hasta hace unas décadas casi todos descendían de los primeros colonos de 1608 liderados por Samuel de Champlain. Una primera población de siete mil personas que alcanzó los siete millones con pocas aportaciones de otras partes. Ahora la sociedad se está diversificando enormemente, lo cual plantea el reto de ver la comunidad política no sólo como una agrupación de personas, sino que se necesita algu-



las claves

AUTENTICIDAD. Con su librito, *La ética de la autenticidad*, Taylor criticó la tendencia a un excesivo individualismo en el ámbito de la moral. La vida auténtica no sería pues la que cada cual decide llevar sin intromisión de los otros, sino la que se adecúa a valores que nos preexisten, a un horizonte de significados, a las conversaciones mediante las que una sociedad reflexiona sobre lo que considera valioso.

DIVERSIDAD RELIGIOSA. En el 2008, Taylor junto con Gérard Bouchard presidió una comisión encargada por el gobierno del Quebec para analizar las prácticas de acomodación a la creciente diversidad religiosa. El documento final realiza un diagnóstico de la diversidad religiosa quebequesa así como una serie de recomendaciones para su integración. Según los autores, la opinión pública tiene una visión distorsionada de los ciudadanos con religiones minoritarias azuzada por

los medios de comunicación. Desde el punto de vista normativo, Taylor y Bouchard defienden un principio de laicidad estructurado a partir de la neutralidad del Estado, la libertad religiosa, la igualdad de los ciudadanos con independencia de sus convicciones religiosas, la promoción de la lengua francesa como vínculo común de la ciudadanía, y la participación de todos en el proceso democrático.

SECULARIDAD. El libro más reciente de Taylor propone una nueva definición de lo secular. Ya no se trata de la desaparición de las religiones del espacio público, ni del declive de la práctica religiosa. La sociedad secular se define en virtud de las condiciones de la experiencia y la búsqueda religiosas. Es secular la sociedad en la que la religión ha dejado de ser la creencia por defecto, pasando a ser una decisión consciente en el marco immanente propio de nuestras sociedades.



na forma de continuidad, por ejemplo, la lengua, el francés, y el sistema político, la democracia. Lo importante es que no se cree la idea de que los verdaderos ciudadanos, los quebequeses 100%, los *québécois de souche*, como se suelen llamar, son los que descienden de los primeros colonos, mientras que todos los otros no son ciudadanos en la misma medida. Cuando alguien emigra al Quebec se le debe informar de cómo es la cultura y la sociedad en la que va a vivir, pero se le debe decir también que la cultura evolucionará gracias a las aportaciones que los nuevos ciudadanos van a hacer. Dentro de veinte o treinta años entre todos los ciudadanos se consolidará una sociedad de acogida. Lo que los europeos deben entender es que sus países se están convirtiendo en sociedades de inmigración. Lo importante es que los jóvenes crezcan con las habilidades para integrarse en la sociedad, que vayan a una entrevista

de trabajo y puedan articularse en la lengua del país.

¿Qué efectos ha tenido el informe que redactó sobre las acomodaciones por motivos religiosos en el Quebec?

Debo decir que no hemos ganado la batalla, pero creo que el tiempo está de nuestra parte, porque mucha gente joven ha tenido contacto con musulmanes en la escuela y vive la diversidad sin problemas. Si pudiéramos evitar hacer algo irreversiblemente malo y alienante para las minorías, habríamos tenido éxito.

¿Qué hay de la Carta de la laicidad que posteriormente introdujo restricciones a las religiones?

La ley no fue aprobada, pero desgraciadamente la mera presentación de la propuesta de ley que estigmatiza algunos tipos de vestidos, especialmente de los musulmanes, contribuyó a justificar la desconfianza hacia ellos.

En Europa ha habido en los últimos años debates en torno a la presencia de crucifijos en las escuelas públicas. ¿Cómo deberían afrontarse estas cuestiones?

Son dilemas que no pueden decirse de manera general. Hay dos valores que se quieren mantener. Por una parte, la escuela debe estar abierta a todos, por otra, debe contribuir a mantener cierto grado de continuidad de la comunidad. Es probable que haya otras medidas que sean más alienantes que un crucifijo en la escuela. La legislación francesa que prohíbe llevar signos religiosos en las escuelas no es tan grave, pero puede provocar la alienación de los musulmanes.

En su libro 'La ética de la autenticidad', sostiene que la identidad depende en gran medida de un horizonte de sentido preexistente, de modo que el valor de nuestras elecciones no depende sólo de nosotros. Se diría que así se excluye la posibilidad de la transformación de los valores.

Pongamos el caso del matrimonio homosexual. Frente al estereotipo que los presenta como personas promiscuas, muchos homosexuales afirman que desean establecer relaciones reales y firmes de amor, y desean tener las mismas facilidades que los heterosexuales. Hay que destacar, pues, la continuidad entre este tipo de relaciones y las tradicionales relaciones amorosas.

En su libro 'La era secular' define el nuestro como un mundo cerrado hacia lo vertical. Se diría que según usted una vida puramente secular es menos intensa o plena que la vida espiritual.

Cuando digo que estamos en lo horizontal, en lo que llamo el marco immanente, me refiero a un imaginario social, en concreto al hecho de que somos conscientes de compartir plenamente la vida en la sociedad tal y como la hemos construido con instituciones humanas. Pero podemos vivir de maneras diversas más o menos abiertas a la trascendencia. Mi apuesta es establecer algún tipo de relación con Dios como se lo entiende en el cristianismo. Pero el problema es que no nos entendemos unos a otros, y creo que podemos ganar alguna cosa intentando comprender posiciones distintas a las propias.

¿Qué importancia tienen sus creencias religiosas en su labor filosófica?

Cuando escribo filosofía pretendo convencer con independencia de las posiciones metafísicas o no metafísicas de los lectores. Sin duda mi comprensión de algunos asuntos importantes está coloreada por mi experiencia como creyente. Por ejemplo, entiendo la razón en un sentido más amplio y complejo que los ateos militantes que dicen que la razón religiosa no es razón. Para ellos la razón es algo que se opone a la contradicción. Efectivamente es irracional decir "p" y "no p", pero la

razón es más que eso. La razón no es sólo una búsqueda de las contradicciones. La noción platónica de logos como *logon didonai* es más compleja y entiende el lenguaje como dar cuenta de algo. Este dar cuenta de las cosas y del ser humano debe ser también consistente, como hace Sócrates intentando descubrir las inconsistencias de sus interlocutores. La racionalidad entendida así es un elemento central de las ciencias humanas.

¿En qué medida puede haber verdadero debate entre creyentes y ateos?

Ateos y creyentes se acusan de contradecirse, lo cual no permite que haya un intercambio real. Ambos parten de ideas simplificadas. La filosofía debe partir del reconocimiento socrático, es decir, del reconocimiento que no sabemos. Pero se trata de un gesto casi inexistente en nuestro mundo. Lo que más me recompensa es el intento de llegar a explicar lo que otros entienden por plenitud.

Siendo usted católico, ¿qué piensa del papa Francisco?

Me gusta mucho. Ha roto algunas dinámicas viejas. No es que pretenda adaptar la iglesia a la velocidad de la secularidad, sino que trata de actualizar el verdadero senti-

“Los estados multinacionales, como España y Canadá, requieren arreglos federales”

“El papa Francisco me gusta mucho. Ha roto dinámicas. Trata de actualizar el verdadero sentido del evangelio”

do del evangelio, el cual seguro que no predica que debemos hacer más difícil la vida de los homosexuales.

¿Por qué ha defendido una solución federal—y no independentista— a la situación del Quebec en Canadá?

Creo que lo mejor para los estados multinacionales de hecho, como España y Canadá, es crear instituciones para conseguir que las naciones en su interior se puedan mantener a sí mismas y prosperar, conservando al mismo tiempo la unidad del Estado. Esto suele requerir arreglos federales, pero en cualquier caso las naciones en este tipo de federaciones deben tener los poderes necesarios para proteger su lengua, mantener su cultura y prosperar económicamente. En Canadá las competencias de la provincia quebequesa y los acuerdos especiales que se han cerrado con Ottawa, por ejemplo sobre inmigración, son adecuados y por ello me opongo a la independencia. |